

Una alfombra para tapar el agujero de la plaza de Oriente

La infanta Elena se va a casar esta semana en Sevilla y el Ayuntamiento de Madrid le regala una alfombra de la Real Fábrica de Tapices. ¿Acaso -pregunto- para *tapar* el agujero de la plaza de Oriente?

No se trata de averiguar o discutir cuáles son las razones -a la postre personales- de la elección de Sevilla para tal acontecimiento; pero muchos se preguntan por qué no se casa la infanta en Madrid, ahora -además- que se ha puesto la última piedra de una interminable catedral frente a Palacio.

Insisto en que no se trata de dar con la causa última de esta elección, pero sí podemos conjeturar alguna que no sea muy descabellada; por ejemplo, no es improbable que en la toma de esta decisión se haya considerado el agujero que -gracias a la insistencia de un diario que se proclama monárquico- se está cavando en la plaza de Oriente.

De hecho el Ayuntamiento, conocidos los esponsales, y presuponiendo naturalmente que la boda tendría lugar en Madrid, se apresuró a garantizar que la plaza de Oriente estaría *presentable* para tal fecha; pero como garantizar esto, dado lo complejo y especialísimo de esta *remodelación*, es poco menos que imposible (si se pretende, claro, una obra *bien hecha*) muchos empezamos a acariciar la idea de que, al menos por ahora, no se iba a llevar a cabo la apertura del túnel.

Muchos -ya digo- columbrábamos, gracias a esta boda real, un inopinado final feliz a esta prolongada pesadilla de la plaza de Oriente. Pero un casi imperceptible rictus sardónico se nos representaba en el rostro, porque... ¿de qué sirvió una generalizada contestación ciudadana a la conversión de la plaza de Oriente en aparcamiento? ¿de qué sirvió que se opusieran al desaguado tantas autorizadas firmas de arquitectos, historiadores, arqueólogos, escritores...? ¿de qué sirvió que Patrimonio Nacional desvelara lo inútil y la gran mentira del proyecto? ¿de qué sirvió que la Real Academia de la Historia y la mitad de los académicos de la de Bellas Artes (lo cual no deja de ser significativo toda vez que Miguel Oriol -el autor del proyecto de reformas miembro de esta Academia) se pronunciaran rotundamente en contra? ¿de qué sirvió que tan importantes organismos internacionales como el ICOMOS se pronunciaran en contra de esa remodelación? ¿de qué sirvió que un equipo de 250 profesionales (entre ellos arquitectos como Moneo, Oriol Bohigas...) redactara un proyecto-manifiesto de no destrucción de la plaza de Oriente? ¿de qué sirvió -en sumatoda esta repulsa de la *sociedad civil*?

De nada, todo esto no sirvió de nada; porque todos vimos, poco después, la fruición con que el concejal Villoria desmantelaba las primeras piedras con la piqueta. Es curioso: después de todo, lo único que -*in extremis*- se nos apareció como causa suficiente para evitar el irreversible dislate en esta plaza (en el primigenio núcleo de la capital del Reino) fue el casamiento de una infanta. ¡Vaya plaza

para una infanta en sus nupcias!

Pero, al final, resulta que no, que la infanta -conjeturamos siempre- lo ha pensado mejor. Y tiene razón: a la hora de la verdad Madrid ya no está para recibir a nadie; no sirve de nada terminar heroicamente catedrales imposibles, porque después ponen delante de su fachada una boca de túnel que le impide -sin más- el acceso (recordemos cómo cuando Chueca denunció este problema Miguel Oriol se apresuró a publicar un dibujo de una sorprendente pasarela con una novia de blanco -que no será ya la infanta Elena-). A la hora de la verdad, decíamos, cuando tienen que venir tan principales personalidades de todo el mundo y se espera que la capital pueda exhibir su digno porte, es natural que no se piense en Madrid y se vayan a Sevilla.

La sensata decisión de la infanta Elena parece incidir en lo que ya sabemos: que, mientras que al alcalde se le llena la boca cuando pronuncia aquello de la *ley de capitalidad*, el madrileño no hace sino sufrir cotidianamente las consecuencias de esta tristemente gobernada capital, cada vez más difícil de ser vivida, sin memoria, que autofágicamente se devora a sí misma.

Madrid ya no está presentable, es cierto, no es ya la ciudad cortés. Ya no es ese teatral *escenario de España* que fue en tiempos no lejanos, cuando, cada vez que se casaba una infanta, engalanaba con ornatos y efímeras arquitecturas el trayecto del cortejo nupcial hasta Palacio (ahora lo que hace es abrir bocas de túnel en Bailén, para comprometer cualquier cortejo real que en lo futuro -¿dónde se casará el Príncipe de Asturias?- se dirija, como siempre por Mayor, de los Jerónimos a Palacio).

Todo esto, ya digo, son conjeturas personales, como así mismo lo es -no sé yo si por reducción al absurdo- el barruntar que, de seguir así las cosas, en vez de exigir una *ley de capitalidad* habría que ir pensando en cedérsela a Sevilla o Barcelona, donde me parece que, en vez de abrir más y más agujeros para otros tantos y tantos coches, sabrían hacer más razonable uso de este privilegio (de entrada, ninguno de esos dos ayuntamientos habría consentido en cometer el pecado -mortal contra la memoria de la ciudad- que este Ayuntamiento nuestro va consumando día a día en la plaza de Oriente).

Convendría, si queremos preservar la memoria de la ciudad, que, en vez de marearnos dando vueltas y más vueltas en torno al pedestal de Carlos III -colocado ahora por el Ayuntamiento en el kilómetro cero de la *capitalidad*-, recordáramos aquella sugerencia de Gómez de la Serna cuando nos invitaba -aún podemos- a «recapacitar en la plaza de Oriente, donde basta subir al estrado de su estatua central para que se hagan presentes los recuerdos del madrileño nato».

Javier García-G. Mosteiro
Arquitecto